vestidos que servian el altar, hasta el último de los asistentes, estaban más ó menos desfigurados, y muchos de un modo horrible.

"Los magníficos vasos sagrados que servían para el servicio, habían sido enviados de París por el Cura de San Roque. Serviase de ellos el P. Damián, los domingos y dias de fiesta..... Nada más conmovedor que la dulzura y gravedad con que el oficiante decia la misa. El templo estaba lleno. Entonábanse cánticos sencillos, á los que todos procuraban formar coro, algunos con voz ronca y temblorosa..... La devoción de los pobres hawayanos es tanto más notable, cuanto que son poco reflexivos por naturaleza, y dotados de una alegría infantil. Son capaces, no obstante, de sentir y expresar la más viva contrición por sus culpas.

"¡Qué espectáculo tuve ante los ojos aquel día! ¡qué contraste entre aquel altar revestido de blanca tela, de albor deslumbrante, alhajado con hermosos vasos de oro, cuajado de brillantes luces, servido por joven oficiante lleno de salud, fuerza y santidad, que entonaba con voz llena y sonora las palabras del *Pater*; y los dos acólitos de rostro infantil, arrodillados á sus piés, marcados ya por el sello de la muerte, y la muchedumbre de los fieles, que se apiñaba del otro lado de la verja del santuario, entre los cuales no había uno solo, cuyo rostro pudiera ser visto sin espanto! Algunos de entre ellos ni aun parecían pertenecer al mundo de los vivos, sino salir de la corrup-

ción del sepulcro..... Olor fétido emponzoñaba el ambiente!.....

"Así celebraba en Kalawao el P. Damián los misterios sagrados, y era glorioso privilegio á sus ojos, poder unirse de esta manera á su Maestro. Recordaba yo involuntariamente los versículos de San Lucas: *Entraba en cierta ciudad, cuando encontró diez hombres que estaban leprosos, y que permanecían lejos de él, elevándo la voz y gritando: Jesús, Maestro, tened piedad de nosotros!* Decíame entre mí que aquellos desgraciados habían también clamado al Maestro, y que habían recibido, por medio de su fiel discípulo, una respuesta de misericordia.... El lejano ruido de las olas rompiéndose en la orilla con una especie de gemido, acompañaba dignamente aquella solem-

ne escena, lúgubre al par que consoladora.....!"

Preparaba el P. Damian sus alimentos, y lavaba por sí mismo sus ropas. Lavaba tambien las blancas telas destinadas al altar, y ninguna otra mano aparte de la suya, tocaba los objetos que servían al culto divino. Mas sólo á esto limitábanse sus precauciones. Aunque la lepra se propaga de un modo muy irregular y nadie puede decir con exactitud como se contrae, parece que no hay ejemplo de que alguien la haya desafiado con el contacto largo y habitual de los enfermos que la padecen (como lo fué el del P. Damian con los leprosos, durante trece años), sin ser alcanzado por el contagio. Pareció, por esto, milagroso que hubiese podido libertarse de ella el misionero, durante un tiempo prolongado,

000053

tan prolongado, que le hubiese permitido desarrollar cumplidamente todos sus propósitos. Empero este milagro no debía durar hasta el fin; era menester que nada faltase al sacrificio del apóstol, y que su muerte completase los santos ejemplos de su vida.

No debe emplearse ligeramente la palabra milagro; no la aplicamos, por eso, á los prodigios que el P. Damian realizó á su derredor. Basta sin duda alguna, una ojeada rápida, para reconocer en su obra exterior, la intervención del espíritu divino de amor y caridad, que centuplica y sublima la actividad y la inteligencia humanas. Pero donde el milagro propiamente dicho se manifiesta, donde (como lo observa un escritor protestante) se nota un hecho que nada puede explicar humanamente, es en la inefable alegría que

llenaba el alma de aquel joven, alegría de índole tan excepcional, que había acallado en él la voz de la humana naturaleza, hasta el punto de hacerle amable y aceptable por toda la vida, aquello mismo que la naturaleza rechaza, teme y aborrece mil veces más que la misma muerte. No todos los santos, como el P. Damián, han sentido esa elegría milagrosa en sus tormentos y sacrificios; mas plugo á Dios hacérnosla patente en él, quizás para que en este tiempo de negación y brutales afirmaciones materialistas, se viese palpable la acción divina en el alma humana, produciendo en ella una transfiguración tan elevada, como sería impotente á producirla ningun agente natural.

Obra superior á nuestras fuerzas sería relatar pormenorizadamente todos los beneficios que supo derramar en su torno el

P. Damián. El gobierno hawayano, como lo hemos dicho, no tardó en reconocer su acción benéfica y civilizadora. No sólo le ayudó á realizarla por medio de subsidios, sino que concedió al misionero completa libertad de acción en los dominios de aquel país. Usando de ella, fué varias veces el P. Damián á Honolulu con el objeto de exponer de viva voz las necesidades de los leprosos, y los proyectos que concibiera para su alivio. Déjase entender que no volvió á usar de tal libertad, cuando llegó la época en que se convirtió él mismo en leproso, pues perdió con esto el derecho de salir, aun temporalmente, de la isla.

Mientras ejecutaba poco á poco sus piadosos propósitos, y antes que viajeros de lejanas comarcas viniesen á secundar-

los, recibió un día el P. Damián, una visita tan importante como inesperada.

Vino la reina regente de las islas Sandwich en persona, á Molokay, á ver á aquella su parienta leprosa, que arriba mencionamos. A la vista de su rostro desfigurado, rompió la reina en tales sollozos, que la misma enferma tuvo necesidad de calmarla. Díjola que no era tan desgraciada como parecía, explicándole cómo había sabido el P. Damián consolarla y alentarla en sus sufrimientos, de tal suerte, que casi se sentía feliz, y no querría por nada en el mundo, salir de aquel lugar, á donde había llegado con tanta repugnancia y horror. Eran eco sus palabras, de lo que decían á una todos sus compañeros de infortunio. Quedó al oirla, tan conmovida y pasmada la reina, que á su regreso á la capital, quiso dar

al P. Damián, público testimonio de su reconocimiento y admiración. Escribióle, por tanto, una carta conmovedora, en la que, después de darle las gracias *por la caridad sin límites* con que se había consagrado al servicio de los más desgraciados de sus súbditos, añadía:

"Sé bien que vuestros trabajos y sacrificios no aguardan más recompensa que la del gran Dios, Nuestro Señor Soberano, que os dirije é inspira. No obstante, ruegoos que, para satisfacer á mi propio deseo, acepteis la condecoración de Caballero Comendador de la Orden Real de Kalakua, en testimonio de sincera admiración, por los heroicos esfuerzos á cuya costa habeis logrado endulzar los sufrimientos de mi afligido pueblo...."

La carta estaba firmada así: "Vuestra amiga Lilinokalani, regente [1]."

1. Life of. F. Damien p. 126.

V.

En medio de tantos y tan diversos hechos como ha recogido y relatado la prensa de París, han pasado inadvertidos los que acabamos de relatar. Conócenlos únicamente los lectores de los Anales de nuestras misiones, y es preciso convenir en que han causado entre ellos, más edificación que sorpresa. Asóciase, entre nosotros naturalmente, la idea de las misiones extranjeras, á la del martirio. Los que han asistido á la ceremonia que pre-

cede á la partida de los misioneros, saben que la perspectiva del martirio se halla tan presente al espíritu de los que parten, como al corazón de los que se quedan. Estriba en eso la conmovedora solemnidad del acto. Nada tienen de extraordinario esos sentimientos, pues tragedias innumerables los han justificado en nuestros dias, de una manera sangrienta; pero explican, con todo, hasta cierto punto, que no haya causado más grande asombro que el que produjo la noticia de que el P. Damián hubiese dado su salud y su reposo por los desgraciados. No habría causado extrañeza tampoco, saber que hubiese dado su vida

No sucede lo mismo con los misioneros protestantes. Sin tratar de menospreciar su celo (pues no sería ocasión oportuna para hacerlo la presente, toda

vez que les pertenece la honra de haber sido los primeros en haber llevado el nombre de Jesucristo á las islas Sandwich), es lícito observar que la mayor parte de ellos no se embarcan con previsiones igualmente trágicas. Cuando parten, acompañados de sus mujeres é hijos, es la expatriación perpétua, el mayor de los peligros que corren; mas no rompe ella los vínculos más estrechos de su afecto, puesto que van en familia, y que el *home*, tan caro á los ingleses, los sigue hasta las extremidades de la tierra. Ese *home* lejano, lo sabemos, es frecuentemente un foco de luz, de donde irradian la caridad, la civilización y el conocimiento de verdades reveladas que, aunque incompletas, son al menos un rayo luminoso, llevado á las tinieblas del paganismo. Tienen ellos, por otra parte, el valor de

su raza, y saben sin duda alguna, dar la vida valientemente, cuando es necesario. Pero también es cierto (y ellos mismos lo confiesan), que cuando se trata de una inmolación como la del P. Damián, deben buscarse en nuestras filas y no en las suyas, los corazones capaces de llevarla á cabo.

Como quiera que sea, la verdad es que cuando, al cabo de algunos años, se hicieron visibles los resultados realizados por los esfuerzos del P. Damián, y cuando los viajeros que, según la expresión de uno de ellos, venían de tiempo en tiempo á echar una ojeada rápida y espantada á la colonia de Molokay, pudieron percibir el inmenso cambio que se había operado en ella por la influencia de un solo hombre; comenzó á divulgarse el hecho por todas partes, y el nombre del hu-

milde misionero llegó, muy á pesar suyo, bien lejos del lugar donde se llevaba á cabo la obra, y se realizaba con aquella sencillez que se observa en los que estiman el heroísmo como uno de los deberes ordinarios de su vocación. Sabemos (y todos cuantos le visitaron ántes ó después de su contagio, pueden dar testimonio de ello), que nunca se le ocurrió al P. Damián, que al realizar su propósito, hiciese una cosa extraordinaria, y aun nosotros mismos quizás no debamos calificarla de tal, cuando tantos sacrificios y de tan diferentes especies han sido llevados á cabo por tantos y tantos héroes, cuyos nombres son la gloria y la riqueza de la Iglesia Católica. Pero tanto la regeneración material como la moral de Molokay, eran de un carácter enteramente excepcional, y la misma singularidad

del caso, contribuyó á despertar el interés de los que fueron los primeros en conocerle. Hízose casi general este empeño, desde que se conocieron y publicaron los detalles de varios de los hechos que acabamos de bosquejar.

A tiempo que escribo estas páginas (1890), ocupan esos hechos á toda la Inglaterra, y un humilde misionero católico recibe de un pueblo extraño à su nacionalidad y á su fé, un homenaje público, cuya honra recae sobre la Iglesia á que pertenece. Ni aun esperó esa simpatía generosa, la muerte del que la inspiraba, para manifestarse con elocuencia. Desde el momento en que los relatos de los viajeros hicieron comprender que había medio de secundar al apóstol de los leprosos, ayudándole á realizar el mayor bien posible, adoptóse con premura aquel

medio humanitario. Quizás la utilidad práctica del sacrificio del P. Damián, digámoslo sin empacho, y el bienestar material y moral progreso que nacían de él como su resultado palpable, haciánle más comprensible, sin quitarle nada de su grandeza, á los ojos de aquellos á quienes otra forma de sacrificio más elevado á nuestros ojos, suele parecer demasiado místico.

Esta simpatía, en todo caso, fué calurosa, y, cosa digna de notarse, tuvo por uno de sus primeros intérpretes, al rector anglicano de una parroquia pobre de Londres, situada en Camberwell, lejos del cuartel donde reside el gran mundo, y en un medio social en que, más que en ninguna otra parte, habrían podido estar en vigor las antiguas preocupaciones contra los católicos. Fué allí, no obstante, don-

de el rector de S. Lucas, el Rev. H.-B. Chapman, dirigiéndose á sus feligreses desde el púlpito, díjoles pública y osadamente, que un padre católico daba en aquellos momentos un ejemplo raro y sublime de caridad á todos los cristianos del orbe; y, después de haberles relatado todos los sucesos de Molokay, dirigidos para beneficio de los insulares, durante varios años, por el P. Damián, invitólos á asociarse á su obra de misericordia por medio de una suscrición, cuyo objeto fuera secundar todo lo que la inteligencia y celo del apóstol le sugiriesen para el alivio de los leprosos.

Fué escuchado este llamamiento, mucho más de lo que hubiera podido suponerse, atendidas la pobreza de la parroquia y la religión que profesaba el misionero á cuya obra se iba á cooperar. La

suscrición, en menos de una semana, llegó á seiscientas cincuenta libras esterlinas ($3,250), y M. Chapman, queriendo remitir esta suma sin tardanza, dirigió á sus feligreses la siguiente circular:

«Os informo de que habiendo llegado ya á seiscientas cincuenta libras esterlinas la suma recogida, se cerrará el sábado próximo esta primera lista de suscrición. Os agradezco profundamente que hayais querido contribuir de tal manera para la pequeña ofrenda que vamos á tener la satisfacción de enviar al santo sacerdote. Toda discusión acerca de su sublime caridad, sería simplemente una irreverencia. Una vida como la suya, hace aparecer bien muelle y egoista la que nosotros llevamos, y estimo como grande honra para nosotros, poder depositar el más pequeño homenaje á los piés

del hombre valeroso que la ha abrazado. Por lo que respecta á aquellos que hacen alguna objeción, son mucho más dignos de piedad que el sacerdote de los leprosos.

"Soy vuestro humilde servidor.

H.-B. CHAPMAN [1].

177, Camden Grove North Pecklam, 10 de noviembre de 1885.

Las objeciones de los que M. Chapman encontraba más dignos de lástima que el P. Damián, habían sido formuladas en una carta que le dirigió el secretario honorario de una *liga* protestante, la cual parece destinada, como va á verse, á mantener en un rincón del Reino Unido, un ejemplar tristísimo, de la violencia y odios de un tiempo pasado para siempre:

1 *Tablet*, 13 de noviembre de 1885.

"*Al Reverendo H.-B. Chapman.*

Octubre 22 de 1886.

"Reverendo señor.

"Se me encarga expresaros la sorpresa que experimentan muchos protestantes al ver á un ministro de la iglesia Anglicana, buscar medio de inspirar simpatía entre sus feligreses, hácia un padre idólatra, perteneciente á ese abominable papado que deberiais combatir vos más que ningún otro, tanto en vuestra calidad de ministro del Evangelio, como en la de inglés amigo de la libertad. La generosidad y la abnegación del P. Damian, no son más dignas de admiración, que las de los sacerdotes de Baal, que se herían con cuchillos hasta hacerse sangre (I, *Reyes*, XVIII. 23), ó que las de los in-

dios, que se hacen aplastar por el carro de Juggernaut. Lo único que puede conseguir el P. Damián, como sacerdote del Anticristo, es hacer á sus prosélitos dos veces más hijos del infierno que él mismo (Mateo, XXIII—15).

"Es asimismo altamente condenable, que deis al Dr. Mannig el título que posee, y que de esta suerte, un ministro de Cristo preste ayuda á un partidario del Anticristo para obtener ilegalmente una posición social, por la que Inglaterra ha sufrido tanto; y que busqueis medio de remachar de nuevo, entre nosotros, las cadenas de la idolatría y de la impostura sacerdotal.

"En vez de alzar barreras infranqueables entre nosotros y Roma, borrais por el contrario, la antigua linea de separación que nos ha dividido; obscureceis

nuestros faros protectores, y facinado por el débil esplendor *(ignis fatuus)* de una falsa caridad, os empeñais en persuadir al pueblo, de que somos hermanos del Anticristo.

"Vuestro, señor, sinceramente.

"Tomás MACCLURE"

La respuesta á esta carta fué breve:

"Querido señor.

"Vuestra carta es muy perversa *(very wicked)*, y no tiene más excusa que su insigne locura.

"¡ID, Y HACED OTRO TANTO!

Vuestro sinceramente,

"H.-B. CHAPMAN."